



REPUBLICA ARGENTINA

MERCOSUR

HUGO

Names / Given Names

LUDWIG

Nationalised / Nationality

ARGENTINA

Fecha de Nacimiento / Date of Birth

04 OCT/OCT 84

ALCONADA

AAH529272

~~P<ARGGISCH<<LUDWIG<<<<<<<<~~

AAA4004408ARG8410043M221113

MON

P<ARGMAYER<MUNXXOS<<MARIA<ROSA<<<<<<<<<<<<<<<

5522



TOPICS

LA HISTORIA REAL DE LOS ESPÍAS RUSOS QUE TOMARON BUENOS AIRES COMO BASE DE OPERACIONES



HUGO ALCONADA MON

Topos

La historia real de los espías rusos
que tomaron Buenos Aires
como base de operaciones

Rodilla en tierra, Ludwig Gisch apuró el tranco. Ajustó la antena en la azotea del edificio de la calle O'Higgins 2191, uno de los más altos de las Barrancas de Belgrano. Debía terminar rápido o el portero se pondría nervioso. Podría exigirle que se retirara o, peor, informarle a la administración del consorcio, que le vendría con preguntas incordiosas.

Revisó las conexiones, cotejó el cableado y rogó que funcionara el transmisor y receptor, ubicado en las alturas, casi a mitad de camino y en línea recta entre la oficina que había montado sobre la avenida Cabildo al 2200 –con otro transmisor y antena en la azotea– y la Oficina de Representación Comercial de la Federación Rusa, sobre la calle Dragones al 2300 de la ciudad de Buenos Aires.

Gisch les había dado la misma (y falsa) explicación a los porteros de la calle O'Higgins y los de la avenida Cabildo. Les planteó que era dueño de DSM&IT, una empresita que proveía servicios informáticos a personas y empresas, y quería evitar ese refrán que dice que “en casa de herrero, cuchillo de palo”. En otras palabras, quería usar su propio servicio de Internet para cotejar en tiempo real la prestación que recibían sus clientes.

Todo falso, pero los porteros lo descubrirían más de una década después. A principios de 2013, Gisch era apenas un inquilino más, callado, educado, con una hija en camino y acento peculiar, venido de Austria en busca de un futuro mejor en la República Argentina.

Gisch se movió con eficacia, atento siempre y en todo lugar a un dogma del espionaje: jamás llamar la atención. Ni por brillante, ni por torpe, acotando al mínimo las huellas físicas y digitales, sin fotos suyas en Internet. Con impuestos pagos y ninguna pelea; con servicios públicos al día, cero multas o infracciones; sin tatuajes, ni ropa estrafalaria; sin nada que destaque, ni nada que avergüence. Ser, en suma, una persona gris. Esa que cuesta recordar, de la que hay poco para decir, a la que todos olvidan minutos después.

Pero los clientes de su empresita no existían.

La empresita era una fachada.

Las antenas no eran para fines inocuos.

Él no era informático.

Y ese no era su verdadero nombre.

Los porteros lidiaron, sin saberlo, con un agente de élite del Departamento 2, a cargo de América Latina, del “Directorado S” del SVR. Con uno de los “soldados del frente invisible”, al decir de Vladimir Putin, heredero de los zares, de Catalina la Grande, de Iozif Stalin.

Primera parte
LA FORMACIÓN

Ludwig Gisch era como las serpientes. Su identidad, una piel más en un largo recorrido. O como los gatos, iba ya por su cuarta existencia.

Llevaba ya casi un tercio de su vida habitando otras biografías, existencias vicarias, usurpadas, difuntas, para la mayor gloria de Rusia.

Primero fue Артём Викторович Дульцев –en español, Artyom Viktorovich o Artem Víctor Dultsev–, nacido en la República de Bashkiria o Bashkartastán o Bashkortostán, según los gustos del traductor y la enciclopedia consultada. Clase 1981.

Se sabe que nació en Yemashi, una aldea con 1025 habitantes y 13 calles, 1600 kilómetros al oeste de Moscú, y que al menos desde 2001 vivió en un complejo para estudiantes de la Universidad Federal de los Urales, en Ekaterimburgo, la cuarta ciudad más populosa de Rusia.

Fue en esos claustros donde lo reclutó el SVR para convertirlo en espía, aunque la palabra en español que más se acerca a la palabra rusa que lo define sería “explorador”: alguien que se infiltra detrás de las líneas enemigas para analizar el terreno y reportar sus hallazgos.

¿Algún profesor con vínculos en los servicios notó que tenía aptitudes especiales para el espionaje y sugirió su nombre,

algo muy frecuente en Rusia y Estados Unidos? ¿Él se mostró interesado tras escuchar alguna conferencia? ¿O se postuló tras revisar los requerimientos en Internet?

Eso sigue en las sombras, porque entró en un programa secreto del que solo se conocen retazos gracias a las memorias de Viktor Suvórov, un espía que en 1978 desertó al Reino Unido y que seis años después relató cómo había sido su vida al servicio (secreto) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El adiestramiento de los “ilegales”, contó, solía comenzar en una *dacha*, en las afueras de Moscú, donde cada candidato debía zambullirse en el idioma, el estilo de vida y la cultura del país objetivo. Si el plan era infiltrarlo en Francia, debía leer los diarios, escuchar las radios y ver la televisión que consumían los franceses, comer lo que un francés, vestir como un francés, comunicarse como un francés, mientras memorizaba la historia, las recetas, los chistes, los clubes de fútbol, las canciones infantiles, los restaurantes, los refranes y discos de moda franceses, además de aprender los recorridos de autobuses y metros de su futura ciudad, cómo maniobrar los cubiertos, cómo fumar o cómo llenar una declaración tributaria francesa, bajo la supervisión de uno o más *kura-tors* del Instituto Bandera Roja, en lo posible “ilegales” rusos que hubieran vivido en Francia o, mejor aún, de desertores franceses que trabajaran para Rusia. “Tiene que aprenderlo todo de un país en el que jamás ha estado en su vida, hasta los chismes”, resumió Suvórov.

El entrenamiento, en la actualidad, ya no es en una *dacha*. Quedó bajo la responsabilidad de la Academia de Inteligencia Exterior, que opera en una instalación secreta, en un bosque de los alrededores de Moscú. Dejó atrás su viejo nombre, pero

conserva lo esencial: formar espías de élite, tabicados entre sí para preservar la compartimentación, en procesos que toman años, a un costo que algunos cifran en un millón de dólares por “ilegal”.

No cualquiera puede ingresar al programa. Deben tener menos de 30 años, título universitario o superior, conocimientos avanzados de idiomas y cultura general, y superar varios tests psicológicos que evalúan su inteligencia, patriotismo, lealtad y capacidad para lidiar con niveles galopantes de presión y estrés, además de sus dotes para labores turbias o encubiertas, talento para el fingimiento y cierta flexibilidad moral, entre otros factores.

Para Dultsev, la formación fue intensa. Abarcó idiomas –en su caso, alemán, inglés y español–, filosofía, sociología, cursos de inteligencia y contrainteligencia, historia militar y política. También, prácticas con armas de fuego, clases de defensa personal y conducción de distintos tipos de rodados, lecciones para trabajar con tecnología encriptada y sobre cómo superar un detector de mentiras y mucho más.

Dultsev también aprendió de sus antecesores, según contaría muchos años después. Absorbió lecciones del Héroe de Rusia, Alexei Mikhailovich Kozlov, un mayor de la KGB que completó misiones en Europa, Medio Oriente y África, y con el que compartió varios encuentros. “Emanaba tanta energía de él...”, celebró el aprendiz. “¡Indescribable!”.

Mucha energía, sí, y muy indescribable, también, pero las experiencias de los viejos lobos se probarían anticuadas en al menos una faceta. Ellos no debieron lidiar con los desafíos que presentan las nuevas tecnologías. Hoy, cualquier teléfono saca fotos y graba videos, en cualquier esquina puede haber una cámara de seguridad con funcionalidades biométricas,

casi todo aparato electrónico puede ser intervenido o hackeado y, como lamentaría Dultsev, en las redes sociales hay más información de la que imaginamos o queremos.

Pero eso vendría luego. El pichón de espía conoció antes a una muchacha de su edad, menuda, delgada, de pelo lacio y sonrisa ancha llamada Анна Валерьевна Июдина; Anna Valerievna Iudina o Ana Valeria Iyudina, según la traducción.

Se conocieron en las filas del SVR, pero de una manera muy distinta a Elizabeth y Philip Jennings en la ficción de *The Americans*.

¿Fue en una discoteca? Ellos dicen que sí, aunque la historia completa es más inquietante: el 20 de septiembre de 2004, él viajó a Nizhny Novgorod, donde coincidió con Anna en un entrenamiento en contraterrorismo que duró una semana... y de allí fueron a bailar, como tantos otros jóvenes.

Al completar las prácticas, él volvió a Moscú. Pero reapareció en Nizhny Novgorod el fin de semana siguiente. Y el otro. Y el otro.



¿Conclusión? Hicieron una escapada romántica a San Petersburgo, en noviembre, él le propuso matrimonio y se casaron el 10 de diciembre, siguiendo la tradición de que ella adoptara una declinación del apellido de su esposo. Atrás quedó Anna Iyudina; desde ese día pasó a ser Anna Dultseva.

Él se casó elegante y con pelo peinado con gel hacia atrás; ella, de blanco y con un coqueto ramo de flores en una mano. Felices y enamorados. Un fotógrafo los retrató para el recuerdo y la madre de Dultsev convirtió esa foto en un cuadrado que colgó en una pared de su casa, junto a otras imágenes familiares. Ella misma posteó la foto de los recién casados en ВКонтакте Вход, más conocida como VK, el equivalente ruso a Instagram, sin saber cuán sensible sería lo que exponía.



Detalles (y torpezas) aparte, ya casados continuaron con el adiestramiento hasta que en 2008 los convocaron al servicio activo. Pero no como Artem Dultsev y Anna Dultseva.

Adoptarían otras existencias, en las arenas de Tesalónica.

3. Flechazo

La película más taquillera de 1968 en Rusia fue El escudo y la espada. Basada en la novela homónima de Vadim Kozhevnikov, narró las peripecias del mayor Aleksandr Belov, un agente secreto soviético que simuló ser el alemán Johann Weiss y se infiltró en la inteligencia nazi, la Abwehr, y luego en la Schutzstaffel o SS, para sabotear los planes de Adolf Hitler. Filmada en blanco y negro, la película duraba 5 horas y 44 minutos, y para Vladimir Vladimirovich Putin, de 15 años, resultó un flechazo. Fue a verla al cine varias veces con sus amigos, que lo apodaban “Volodia”. Y decidió entonces que sería espía, como Belov, el apuesto, sagaz, esbelto y empoderado protagonista del film. “Lo que más admiraba –contaría ya como presidente– era cómo los esfuerzos de un solo hombre podían lograr más que ejércitos enteros. Un espía podía decidir el destino de miles de personas”.